La comparación nos hará caer pausadamente en lo por él buscado. La idea perro toca sin cesar repiqueteando el limpio cristal y nos dará la inmediata corporeización del aire asociado al perro:

... el aire viene
y nos pasa la lengua por las manos,

(«Todo está vivo.»)

aire y perro transformados en una misma cosa, pero con la natural distinción que hace que nos inclinemos y sepamos de quién son los labios.

No es Crespo poeta religioso. Mas sin dudar citaré el poema dedicado a S. Isidro y el romance del «Buen Obispo», como muestras de una poesía que él pudiera hacer. Y también pienso en la aportación que él, con su ternura sin par, daría al villancico.

Los astros y los mundos remotos a través del telescopio de Angel Crespo. Y la hazaña del hombre que circunda por vez primera el planeta Tierra, anticipado en su poema «La vuelta al mundo» cuando la proeza se creía imposible. Los versos nacen con rapidez de operación mágica. Siempre el mismo fulgor vital, siempre la esencia esquematizada, siempre él en su obra. No podemos hacer punto final y firmar tranquilos. Mucho se ha dicho. Y mucho, mucho más dirán de él los años venideros. Porque él, que brotó de la tierra manchega, que la cantó, siempre seguirá recreándola mientras aliente. Sólo en el último instante podremos clausurar su crítica, esa elemental crítica que nos marea un poco envuelta en ironías, en cristales y luz, en el color clásico de su espíritu limpio, en la simplicidad y la aparente sencillez. Entretanto que siga, irreductible y puro, sabedor de que sólo así seguirá sirviendo al destino que le trajo a este mundo.—CARLOS DE LA RICA.

CRONICA DE POESIA

Todas las tendencias, vastas, ricas, no aún en trance de total madurez, presentes en el libro anterior de Carlos Barral (*Metropolitano*, Santander, 1957), se hacen ahora seguras y redondas, al tiempo que cobran peso y evidencia en el nuevo volumen del poeta (1). Fija y asegura éste lo que ya debía estar presente de algún modo en *Las aguas reiteradas* (Barcelona, 1952), primera entrega poética de Barral, y apa-

(1) CARLOS BARRAL: *19 figuras de mi historia civil*. Col. «Colliure». Barcelona, 1961.

cía luego tan evidenciado en *Metropolitano*. La indudable ventaja de *19 figuras* sobre el volumen anterior consiste, de una parte, en el buen resultado del proceso de consolidación y realce que de los mejores y más interesantes elementos de *Metropolitano* se advierte en el nuevo libro, por otro lado, quizá más considerable aún, el hermetismo o el excesivo rigor mental del volumen previo deja paso en éste, sin pérdida alguna de calidades o exigencias, a un tono poético no menos notable por más llano y humanizado. *19 figuras de mi historia civil* es un libro inmerso en las aguas vivas del sentimiento (en el mejor y mayor sentido de la maltratada palabra), mientras que *Metropolitano* sólo se trataba de una pura, y sin duda interesante, obra mental, casi más procedente de las lecturas que de la experiencia, y adobada inteligentemente por una sensibilidad de categoría. En cualquier caso, el hermetismo y el enrarecimiento mental de la poesía tienen siempre una soberana ventaja: la de la eterna posibilidad de abandonarlos, y sirven en la mayoría de los casos, como de cierta y clara manera ha sugerido T. S. Eliot, para enriquecer y defender la obra del poeta durante un período más o menos largo (en la joven poesía española, un caso arquetípico de incursión al hermetismo y enriquecida regresión de él lo está siendo el de Caballero Bonald).

19 figuras de mi historia civil no es, ni con mucho y por suerte, un libro de puros sentimientos. Hay en él un rigor, un bulto de saberes, un lenguaje, una fuerza expresiva contemporánea, que cuentan tanto, al menos, como la rica y directa materia sanguínea de que sus poemas se nutren. Indolente a veces, tajante otras, dueño siempre del tono y la palabra conveniente, justa, Barral se muestra en este libro como un poeta muy rico en experiencia vital y dotado, además, de unos medios expresivos de primer orden. La regularidad cualitativa del volumen me impide hacer aquí distingos entre este o aquel poema, y elegir tal o cual grupo de versos como más representativo y eficaz también parece poco aconsejable en este caso, dada la variedad de cuerdas —siempre memorables, aunque no fuera más que la de recordar, en poesía— que Carlos Barral maneja en *19 figuras*. Otra de las virtudes del libro es también el del libre, no condicionado, sino solamente bien dirigido, fluir de la poesía; lo «social», por ejemplo, aparece aquí en toda su vigencia, porque aparece, salvo en contadísimos versos, en toda su indeliberación, como salvado de todo triste utilitarismo.

La edición de la nueva colección barcelonesa «Colliure», dirigida por José María Castellet, es limpia, sobria y cuidada.

En la ancha tierra de España, para libros de poesía espléndidamente editados, Málaga y Santander. Pocos volúmenes tan logrados, entre la tradición más refinada y la modernidad más airosa, como los que se gastan los Hermanos Bedia en la única ciudad portuaria de Castilla y los que se imprimen en la mismísima alameda malagueña. Allí, a dos pasos del muelle, bajo la sombra interminable de los castaños de Indias y entre las venerables cajas y cíceros de la imprenta Sur, por entre los que viajaron un día de la negrita a la redonda los dedos nerviosos de Manuel Altolaguirre, unos cuantos andaluces amantes de la poesía —Bernabé Fernández Canivell, Angel Caffarena Such, Rafael León— componen, junto a la revista tipográficamente más bella del país, *Caracola,* libros, antologías y fascículos poéticos que, desde el punto de vista editorial, son un dechado de generosidad y clase.

Cuestiones naturales (2) es una de estas joyas actuales de la bibliografía poética malagueña, y los doce sonetos de que consta, complementados con una bella nota final «de los editores» y una exquisita serie de grabados de *La Púrpura,* de Fabio Colonna (Roma, 1616), corresponden ciertamente, en cuanto a belleza formal y gran trato técnico, no carentes de hondura ni de antiacadémicos escapismos, a la riqueza de la edición.

El autor de *El candado, Sobre las horas* y *Port Royal* evade aquí el estrecho corsé del soneto y parece ampliarlo, sin violaciones formales, hasta hacer de él un medio de expresión sumamente suelto y eficaz. Más patéticas que estéticas, estas *Cuestiones* de Alfonso Canales, emparentadas con los mejores sonetos elegíacos de la lengua española —excepto el titulado «Nieve en Málaga», de solo, aunque conseguidísimo, mecanismo estilístico—, denotan una maestría consumada al tiempo que una pulida y dolorida sensibilidad. *Cuestiones naturales* y vivas, es decir, problemáticas y vibrantes, no sureños tiquismiquis verbales, son las que, en efecto, nos trae esta bella entrega poética de los que en principio iban a llamarse *Sonetos ejemplares.* Con ellos y con la ya citada edición de los «Cuadernos de María Cristina», Alfonso Canales ingresa en la poesía española uno de los libros de sonetos más puros y conseguidos de la posguerra.

* * *

El hispanoargentino Anselmo González Climent, muy estimable ensayista, buen conocedor de los mundos andaluces y autor de obras tan atinadas como *Flamencología, Oído al cante* y *Bulerías: un ensayo*

(2) ALFONSO CANALES: *Cuestiones naturales.* «Cuadernos de María Cristina.» Málaga, 1961.

jerezano, ofrece ahora esta voluminosa antología de poesía flamenca (3), cuyo título, pese a las bien fundadas notas aclaratorias del autor, es peligrosamente equívoco. ¿Lo es también el planteamiento mismo de la antología? Entendemos que no, puesto que ha sido concebida con propósitos exhaustivos: desde Julio Herrera y Reissig, los hermanos Machado y los Quintero o Salvador Rueda, los poetas más antiguos que aparecen representados en el libro (se trata, pues, de una selección contemporánea), la respetable cifra de 106 autores que han tocado el tema, debe ofrecer forzosamente una nutrida serie de altibajos. Realzados por los azares de contraste que el orden alfabético plantea, tales altibajos abundan en la *Antología,* y respaldados algunos por nombres tan ilustres en la prosa como el de Pío Baroja, se ofrecen repulsivos engendros poéticos junto a muchas piezas de gran calidad y penetración. No obstante, el claro propósito casi enciclopédico, realmente plenario, de la obra de González Climent, justifica la objeción anterior. Por otra parte, reunir casi cuatrocientas páginas poéticas de apretada tipografía en torno a un tema tan español, trascendente y malentendido, era labor pendiente y obligada. Con minuciosidad excesiva, acaso en ocasiones; con amor, con sabiduría, González Climent la ha emprendido y rematado. No cabe olvidar que la misma liberalidad de criterio, que permite la inclusión de ciertos abominables pasajes, ampara también la de poemas tan aparentemente —sólo aparentemente— distantes del tema como la «Telethusa», de Rafael Alberti, o «Ciudad del paraíso», de Vicente Aleixandre.

El estudio inicial sirve de apoyatura a González Climent para tramar uno de sus espléndidos estudios, abordados con gran vigor y criterio, sobre Andalucía, cante, cantadores, jerarquías y estilos.

* * *

Cuesta convencerse de que Jesús López Pacheco, autor de estimables poemas y de la excelente novela *Central eléctrica,* haya podido caer en el error que supone su último libro de poesía (4). Sólo los de la breve parte titulada «Hace un año éramos dos y ahora somos tres», algunos de «Por nosotros y el amor» y los dos poemas finales del libro, merecen el título de tales. Destella en ellos la indudable calidad básica de López Pacheco; contienen verdad, temblor, poesía, tratados como tales. Todo lo demás no nos lo explicamos. Metros y cortes de canción

(3) ANSELMO GONZÁLEZ CLIMENT: *Antología de poesía flamenca.* Editorial Escelicer, S. L. Madrid, 1961.

(4) JESÚS LÓPEZ PACHECO: *Canciones del amor prohibido.* Col. «Colliure». Barcelona, 1961.

pretendidamente graciosa, malogrados por ser quien los intentó una pluma incapaz para este tipo de poesía, no visitada por ángeles ligeros, expresan quejosa y reiteradamente lo molesto que es para las parejas de enamorados no poder pesarse delante de los guardias, al parecer uno de los *leit-motivs* del libro.

Sin embargo, a las respetables pero poéticamente inaceptables efusiones paternales-económico-sociales de «Bolita de carne», sigue desnuda, indudable, válida para todos y felizmente desasida del yo personal, la calidad auténtica que hay y que debe seguir habiendo en Jesús López Pacheco:

De pronto
ha caído la niebla.
Tan cerca como estás
de mí
y que no nos veamos.
Oigo palabras, sí:
«Vida mía, cariño.»
Pero palabras
entre niebla.

El último *extra* de «Papeles de Son Armadáns» (5), dedicado a los nobles y acreditados oficios de la construcción, incluye, con diecinueve preciosas xilografías de Todó y en una muy lograda entrega, poemas *ad hoc,* dedicados a los diversos gremios manuales, de C. J. C., Vicente Aleixandre, Luis Felipe Vivanco, Gabriel Celaya, José María Souvirón, Celso Emilio Ferreiro, Angela Figuera Aymerich, Leopoldo de Luis, Aquilino Iglesia Alvariño, José María Llompart, Angel Crespo, José García Nieto, Leopoldo Panero, Gerardo Diego, Ramón de Garciasol, José María Valverde, Victoriano Crémer, Rafael Santos Torroella y José A. Goytisolo.—FERNANDO QUIÑONES.

UNA PIEZA TEATRAL DE LAURO OLMO

Con el Premio Valle Inclán sobre sus hombros, esta pieza fué estrenada en el teatro Goya por la compañía «Dido» y por una sola vez... Sin embargo, comoquiera que su puesta de largo popular fué un verdadero éxito, se esperaba que pasara a la cartelera con carácter comercial; por fin, tras mucho suspense —suspense del que el autor es inocente— se ha reestrenado en el mismo teatro y por la misma compañía. La obra sigue teniendo éxito. Es un local no precisamente económico, pero la obra tiene éxito; las más de las noches no se llena el